

LO QUE SE VOTA



Considero a la abstención como el modo coherente de vivir en la realidad política, la manera útil de estar presente en la ciudad, la forma digna de participar, críticamente, en la oposición a lo público, cuando los gobernados, por la condición antidemocrática del Régimen que los gobierna y domina, no pueden intervenir en la cuestión decisiva de la libertad: la formación del Poder. La naturaleza y el alcance del poder político están decididos de antemano en el Estado de partidos. El control administrativo de lo público pertenece en exclusiva al consenso oligárquico de los partidos. Y el dominio privado de lo público, al consenso de la oligarquía financiera y mediática de la comunicación. La disputa por la hegemonía entre ellos no tiene la trascendencia de una verdadera acción política, no es una contienda civilizada sobre el modo de gobernarse a sí misma la sociedad civil. Aunque se llamen legislativas, si las juzgamos por su función y sentido, las elecciones son administrativas. La política se disuelve en «las» políticas, en las medidas o providencias que se ofrecen al criterio administrativo. Las elecciones para designar a los jefes administrativos del Estado, pues de eso se trata con el sistema de listas de partido, son un asunto burocrático. De ellas resulta que gobierna, legisla, juzga y administra... la administración.

Los ciudadanos acuden gozosos a las urnas porque, en ellas, se hacen funcionarios por un día. El sueño de las clases medias. Se integran en la máquina administrativa del Estado, se olvidan de sí mismos y de la sociedad. Y eligen pirámides de burócratas de partido, con un jefe absoluto en la cúspide, que aspiran a estar detrás de la ventanilla en todas las manifestaciones externas del Estado, incluida la judicial. Mientras que los resortes del poder interno del Estado, los que otorgan privilegios y concesiones al gran capital, ni se rozan en las elecciones ni en los programas de los partidos gobernantes. No hay izquierda o derecha que osen oponerse, desde el Gobierno y en defensa de la libertad, a las grandes concentraciones de poder financiero y mediático. El dato es suficiente para deducir que la corrupción es inseparable del Estado de Partidos y que la naturaleza del Régimen es la propia de una oligarquía. Pero la democracia institucional es posible. Basta con cambiar el sistema electoral y separar los poderes del Estado. Basta con dar a los ciudadanos el derecho de elegir a sus representantes de distrito y el de nombrar o deponer directamente a sus gobiernos. Basta con prohibir el escandaloso cinismo de que hombres o mujeres de un mismo partido, y de una misma elección, sean a la vez legisladores, gobernantes, jueces, administradores, consejeros jurídicos y auditores del Estado. Dictadura plural.

Los electores votan pero no eligen. Frente a una de las listas de partido no es elegir. Los integrantes de lista no son ele-

gidos por los votantes, sino por los jefes de partido. No representan, pues, a los electores ni a la sociedad civil. El Régimen político resultante tampoco. La distribución de cuotas electorales entre partidos sólo puede representar a la sociedad política costeada con fondos públicos, es decir, a la sociedad estatal. No se vota a diputados de los electores, del pueblo o la sociedad, sino a puros delegados de los partidos estatales. Esta realidad formal, que todos pueden ver sin emplear apenas la inteligencia, se tapa torpemente con impúdicos velos de propaganda democrática. Todos, gobernantes y gobernados, apuntalan la colosal mentira de llamar legislativas a estas burocráticas elecciones administrativas para cubrir puestos de relieve en el Estado; de llamar representantes del pueblo a simples delegados de partidos; de llamar separación de poderes a la simple separación de funciones públicas entre personas de una misma obediencia de partido; de llamar democracia representativa a esta degenerada oligarquía estatal.

Antonio GARCÍA TREVILJANO

EL ESPÍA QUE ENGAÑÓ A TODOS

Bastaba con entrar en una de las páginas web que el senador Pinochet tiene en Internet y pedir su hoja de servicios. El general no sólo ha hecho cursos de Inteligencia sino que ha impartido esta materia a futuros militares. Es, por lo tanto, un especialista en un asunto en el que la simulación forma parte del trabajo diario.

No obstante y para no llegar a conclusiones precipitadas, Juan Bravo llamó a un agente del CESID, viejo amigo, y le consultó al respecto. «Por supuesto, Pinochet ha podido estar simulando ante todo el mundo, ante los médicos, ante los agentes que le vigilaban, y ante su propia familia y amigos, para que nadie pudiera apreciar el más mínimo error en la leyenda que ha-

FEMINISMO Y TRANSFORMACIÓN ÉTICA

La proximidad del 8 de marzo, día de la mujer trabajadora, nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre el amplio movimiento de liberación de la mujer que está transformando el mundo actual. Si, una vez más, miramos hacia el siglo que se ha extinguido, indudablemente, uno de sus rasgos más característicos ha sido el avance conseguido en el reconocimiento de los derechos de la mujer, la reivindicación que ya planteó Olimpia de Gouges en la Revolución Francesa, así como en la incorporación de la mujer a la vida pública. Sin duda hay que puntualizar los límites de lo obtenido. En primer lugar, estos logros se han conquistado por los movimientos feministas; en larga lucha, desde el siglo XVIII. No han sido un obsequio, ni un mero despliegue idealista de la racionalidad. Añadamos que el ámbito de realización ha sido fundamentalmente el mundo industrial avanzado, mientras en gran parte del planeta todavía yacen las mujeres en condiciones de práctica esclavitud y sometidas a atávicas costumbres como la cliteridectomía. Además, aun en el ámbito antes señalado, se está todavía lejos de una igualdad real



entre varones y mujeres, especialmente en lo que se refiere al acceso al poder económico y político.

Pero —y aquí arranca la reflexión que pretendo introducir tras estas fáciles consideraciones— si recordamos la

historia del siglo XX, uno de sus rasgos más repudiables ha sido la perpetuación de la violencia, incrementada, incluso, por la capacidad de sofisticación y poderío de la tecnología actual. Violencia sobre las conciencias, manipulando la información y controlando con enormes recursos el comportamiento humano. Violencia bélica, en las dos grandes guerras mundiales y en la sucesión ininterrumpida de contiendas menores en su radio, aunque no en su capacidad aniquiladora. Sangrienta historia que se ha cerrado con la destructiva —y cada vez se muestra más injusta— agresión a Yugoslavia y la consolidación de la OTAN como poder imperialista mundial. Junto a ello, el dominio de una ideología, propia del llamado neoliberalismo capitalista —realmente nada liberal— que establece la competitividad, la guerra de todos contra todos, como base para el triunfo de los más aptos— es decir los más carentes de escrúpulos, más próximos al reino animal— como base del progreso y la convivencia —o más bien desconvinencia confrontación— como norma.

Ahora bien, el feminismo, tal como lo exponen sus representantes más lúcidas, cual es el caso de Lidia Falcón, no es un puro y mero movimiento reivindicativo, sino una práctica y una filosofía emancipatoria que se propone superar todas las explotaciones y opresiones desde la experiencia de la mujer como clase dominada. Y comporta una nueva serie de valores en que ha insistido María José Urruzola. Ya Unamuno introdujo el término de sororidad en castellano, equivalente al inglés de sisterhood, para designar una forma de convivencia, biófila, solidaria y protectora, opuesta al sentido rival y guerrero que ha marcado y desvirtuado la fraternidad invocada en la Revolución Francesa, superando y llevando a ésta hasta su más acabada realización. Y es algo que desde su centro femenino originario debe irradiar sobre toda la sociedad transformándola.

Si el desarrollo profundo de la historia humana ha de ser concebido como el paso desde la naturaleza zoológica a la cultura, la civilización del siglo XX se muestra como una unión de enorme potencial técnico y atavismo, como una forma de barbarie tecnológica, en cuyo abismo estamos hundidos. La vivencia y la ética de la sororidad puede ser la palanca que levante este mundo hacia una más plena humanidad. Pero para ello no basta con la incorporación de las mujeres al poder, si éstas reproducen los falsos valores de una virilidad destructiva. El caso de la señora Thatcher es paradigmático. No es cuestión meramente biológica. Gráficamente ha distinguido Lidia Falcón entre «mujerismo» y feminismo. Es este movimiento, como teoría y práctica biófila el que hombres y mujeres debemos impulsar.

Carlos PARÍS

